

SEMANA SANTA EL CENTRO DEL AÑO

P. Miguel Limón Vargas
Santa Cruz - Bolivia



1. CADA SEMANA, CADA AÑO

Aunque pueda parecer extraño, resulta que lo primero que hizo la primera comunidad cristiana no fue celebrar fiestas anuales, sino una fiesta semanal: el domingo. El domingo, semana tras semana, era el día en el que la comunidad se reunía, y celebraba el acontecimiento que constituía el fundamento de su fe: la resurrección de Jesucristo. El pan y el vino de la Eucaristía era el momento central de su reunión, el momento que hacía presente al Señor que había amado hasta morir en la cruz y vivía ahora para siempre y junto con la celebración del pan y el vino, escuchaban la enseñanza de los apóstoles, y se comprometían mutuamente en la fidelidad a la Buena Noticia de aquel Jesús en quien creían y confiaban.



Así empezó todo, y esa celebración, la de cada semana, fue la primera celebración cristiana.

Al mismo tiempo, y eso hay que tenerlo en cuenta, aquellos primeros cristianos, que eran todos ellos judíos, participaban también de las celebraciones Judías, tanto en la sinagoga como en el templo de Jerusalén. Y todos los años celebraban la fiesta de la Pascua, la cena pascual, como todos sus compatriotas.

Y ahí, en esa celebración anual de la Pascua judía, comenzaría muy pronto la celebración de la Pascua cristiana. Porque sin duda que aquellos seguidores de Jesús que se reunían para la cena pascual, debían recordar que fue en una cena como aquella que su maestro se despidió de ellos, y que aquellos fueron los días de su muerte, y que el domingo siguiente a su muerte comenzaron a experimentar su presencia, la alegría de su resurrección.



EL TRIDUO PASCUAL

Así pues, muy pronto, además de la celebración semanal de la resurrección que tenía lugar con la Eucaristía dominical, los cristianos empezaron a celebrar también, durante los días de la Pascua judía, una fiesta anual de la resurrección de Jesucristo.

Cuándo empezó exactamente a celebrarse esta fiesta no lo sabemos. Pero si sabemos la forma que tomó esta celebración. Y es una forma muy semejante a la que nosotros seguimos manteniendo: la Vigilia Pascual.



Los judíos, que siguen el calendario lunar, celebran la Pascua el día de la primera luna llena de la primavera, en conmemoración del día en el que fueron liberados del esclavitud de Egipto, guiados por aquel gran caudillo que fue Moisés, La Pascua judía, por tanto, no cae en un día fijo de la semana. Los cristianos, en cambio, comenzaron a celebrar la resurrección de Jesucristo la noche del sábado al domingo después de esta luna llena, porque fue al amanecer del domingo cuando se sitúan las primeras apariciones del Resucitado.

Y la empezaron a celebrar con una noche entera de vigilia, en la que se repasaban los grandes momentos de la historia de la salvación de Dios, y se celebraba la incorporación de nuevos miembros a la comunidad mediante el bautismo, y se terminaba con una gozosa celebración de la Eucaristía, la celebración de la presencia, en el pan y el vino, de Jesús vivo para siempre.



La Vigilia Pascual es la primera celebración del año cristiano. Y la comunidad la preparaba de forma muy intensa: con un ayuno de dos días, el viernes y el sábado, un ayuno que se terminaba comiendo el alimento más valioso, el pan y el vino de la Eucaristía que culminaba la noche de la Vigilia.

Esta preparación, los cristianos de Jerusalén la hacían de una forma especialmente emotiva. El viernes, aniversario de la muerte de Jesús, a la hora exacta de este aniversario, las tres de la tarde, iban al Calvario y allí veneraban el lugar en el que el Señor había entregado la vida, y recordaban el relato de su pasión. Y de ahí nació una celebración que también nosotros continuamos, el Viernes Santo, con la lectura de la pasión y la adoración de la cruz.

Y también, más adelante, los mismos cristianos de Jerusalén comenzaron a ir al lugar en el que Jesús se había despedido de sus discípulos y les había dejado la Eucaristía, y de este modo nació la celebración de la tarde del Jueves Santo.

Y así quedó constituido el núcleo central del año cristiano, lo que conocemos como **Triduo Pascual**.

Triduo significa tres, y se refiere a los tres días de la muerte (Viernes Santo), sepultura (Sábado Santo) y resurrección (Vigilia y Domingo de Pascua) de Jesús, con una introducción que es la celebración de la tarde del Jueves Santo, en la que la Eucaristía nos hace vivir sacramentalmente este misterio de muerte y resurrección.

Este núcleo central ha perdurado a lo largo de los siglos, si bien en algunas épocas históricas ha quedado como distorsionado, sobre todo porque se ha prestado más atención a la muerte de Jesús que a su resurrección. La mayor distorsión tuvo lugar cuando se perdió de vista la importancia de la Vigilia Pascual y dejó de celebrarse por la noche y pasó a la mañana del sábado, aunque los textos que se proclamaban y rezaban (en latín, y como no se entendían no desconcertaban a los asistentes) seguían hablando de la noche...

Afortunadamente, ahora, desde hace más de medio siglo, las cosas han vuelto a su lugar y celebramos los días centrales de nuestra fe con fidelidad a su origen y a su significado.



LOS DÍAS INICIALES DE LA SEMANA SANTA

Estas celebraciones centrales de la fe, con los años, se enriquecieron con un tiempo de preparación, que es la Cuaresma, y con un tiempo de prolongación de la alegría pascual, que es el Tiempo de Pascua o Cincuentena Pascual. La Cuaresma, en efecto, termina al mediodía del Jueves Santo, cuando empieza el Triduo Pascual, y el Tiempo de Pascua comienza con la Vigilia. Pero de hecho, el final de la Cuaresma es ya como un inicio de las celebraciones de la muerte y la resurrección de Jesús. Y los "culpables" de ello son también los cristianos de Jerusalén.

Porque, en efecto, además de ir el Jueves, Viernes y Sábado a visitar los lugares santos en donde habían sucedido los acontecimientos culminantes de la vida de Jesús, también en un cierto momento tuvieron ganas de recordar otro acontecimiento relevante: el de la entrada de Jesús en Jerusalén montado en un asno y aclamado con ramos y palmas. Y empezaron a organizar una fiesta en el Monte de los Olivos recordando aquel momento.



Nosotros, ahora, damos el nombre de Semana Santa a todo este conjunto de celebraciones que van desde el Domingo de Ramos hasta el Domingo de Pascua. Los primeros días de la Semana Santa son el final de la Cuaresma. Y a partir del Jueves Santo por la tarde, comenzamos el Triduo Pascual, la memoria de la muerte y la resurrección de Jesucristo, los días de nuestra salvación.

Aquí, en este libro, seguiremos paso a paso la semana, para aprender a conocerla y vivirla con mayor riqueza.



2. DOMINGO DE RAMOS

Hoy, al empezar esta semana de la muerte y la resurrección de Jesús, recordamos su llegada a Jerusalén y su sorprendente entrada en la ciudad. Él no era muy conocido en la capital, porque su predicación había tenido lugar principalmente en su tierra, Galilea. Era conocido, eso sí, por los dirigentes religiosos y políticos, que sabían de aquel predicador que hablaba de Dios con gran convicción y, en nombre de Dios, cuestionaba muchas cosas aquel predicador que tenía un gran éxito entre la gente sencilla, entre los que contaban poco, entre los pobres.

Jesús, como todo buen judío, sube a Jerusalén para celebrar la Pascua. Y al llegar a las puertas de la ciudad, pide prestado un asno, monta en él, y entra. Los seguidores que le acompañaban, y mucha otra gente, sobre todo niños, lo aclaman.



Y aquella acción toma un gran significado, porque recuerda antiguas palabras proféticas que hablan de un rey que vendrá con sencillez, y que dirá palabras de paz. Jesús se presenta así, y lo hace consciente de que eso es una provocación que terminará llevándolo a la muerte. Pero es una forma muy clara de decir cuál es el mensaje de Dios, cuál es la Buena Noticia que él trae.

Nosotros, hoy, recordando aquel hecho, aclamamos también a Jesús y lo reconocemos como nuestro único Señor. Pero lo hacemos también conscientes de que el camino de este nuestro Señor es el camino de la cruz. Por eso la celebración de este domingo tiene dos partes.



LA PROCESIÓN DE LOS RAMOS

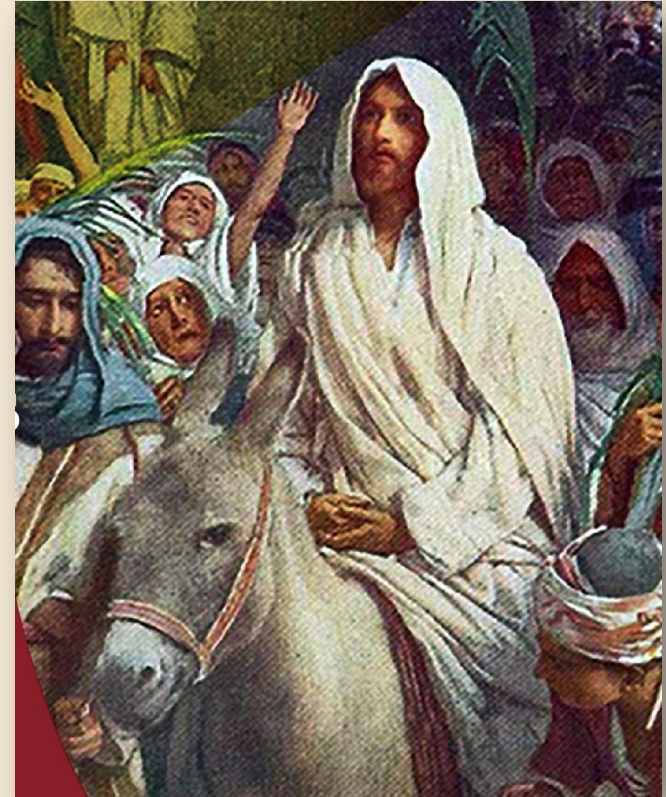
La primera parte de la celebración de hoy recuerda la entrada de Jesús en Jerusalén. Primero nos reunimos llevando cada uno nuestro ramo, aclamamos a Jesús con nuestros cantos, escuchamos el evangelio que nos narra los acontecimientos de este día, y recibimos la bendición del celebrante. Luego, nos dirigimos hacia la iglesia, con un espíritu de adhesión a este Jesús en quien creemos y al que queremos seguir. Y desde luego que proclamar esta adhesión a Jesús no es ningún acto folclórico ni superficial, sino que es algo que compromete - gozosamente, eso sí- toda nuestra vida.

La bendición y la procesión de los ramos es un acto que reúne a mucha gente. Gente que, seguramente, no es muy consciente del sentido que tiene esta celebración. Pero eso no significa que debemos pensar que no les va a servir para nada, ni tampoco significa que debemos recriminarles su poca fe.



Su presencia en este acto, es una ocasión para proclamar, de forma sencilla y amable, lo que es más básico del ser cristiano: las ganas de seguir a Jesús, la felicidad que él nos da, la fuerza que su Evangelio tiene para nosotros. Y que su ejemplo es para nosotros aliento, fortaleza y certeza que vale la pena seguirle hasta el final.

Y aún cabe señalar otro aspecto. Lo importante de esta celebración no es conseguir un ramo bendito pensando que tendrá vete a saber qué virtudes. Lo **importante es la procesión y la aclamación a Jesucristo**, es recordar y renovar lo que hicieron aquellos que le recibieron en su entrada en Jerusalén y vivirlo como una afirmación de nuestra fe en él. El ramo, eso sí, puede conservarse como recuerdo de nuestra aclamación a Jesucristo, como un signo de la fe que hemos proclamado, como un recordatorio que yo también estuve ahí, con Él



LA MISA

La procesión con los ramos nos conduce hacia la iglesia, y allí comenzamos la misa. Y cambia el tono. Seguimos afirmando y celebrando nuestra fe e Jesús, naturalmente, pero ya no lo hacemos con el clima de alegría y de aclamación que ha tenido la procesión, sino que ahora nuestra atención comienza ya a centrarse en lo que iremos viviendo durante toda la semana que hoy empezamos.

La misa de este domingo es una misa normal, como todos los domingos, pero el evangelio tiene un especial relieve leemos el relato de la Pasión del Señor. Lo hacemos cada año según el evangelista del ciclo correspondiente (Mateo Marcos o Lucas, el relato de Juan se reserva todos los años para el Viernes Santo), y esta lectura marca totalmente el clima de nuestra celebración.



Leer hoy la Pasión (acompañada de las otras dos lecturas y el salmo, que nos ayudan a prepararnos para vivir más a fondo lo que la Pasión significa) es adentrarnos ya de lleno en el momento más decisivo del camino de nuestro Maestro el momento en el que se manifiesta totalmente, y llega hasta el final, su entrega por amor, esa entrega que nos abrirá el camino de la vida

Y después de la lectura, el pan y el vino de la Eucaristía nos unirán a él, para que su vida sea nuestra vida.

DOMINGO DE RAMOS

PREPARAR

- Altar y presbiterio: es oportuno adornar discretamente la mesa del altar con algunas ramas de olivo, palma o laurel. Es mejor hacerlo a manera de guirnalda que colocar los ramos en floreros. También se puede adornar discretamente con ramas la cruz que presidirá la procesión, y luego el presbiterio.
- Atrio de la iglesia u otro lugar oportuno: Si se hace la Entrada solemne, que es la mejor, es oportuno colocar un atril para proclamar el Evangelio en el atrio de la iglesia o en un lugar donde se realice la bendición de los ramos. Pensemos el modo cómo se lo hace en la catedral. Se reúne en uno de los templos del centro. Ahí se realiza el inicio de la semana santa.
- Agua bendita: tener preparado un recipiente con agua bendita, a no ser que un acólito o alguno de los presentes lleve esta agua. En este lugar no debe colocarse ningún altar.

EL ESPÍRITU DE ESTE DÍA

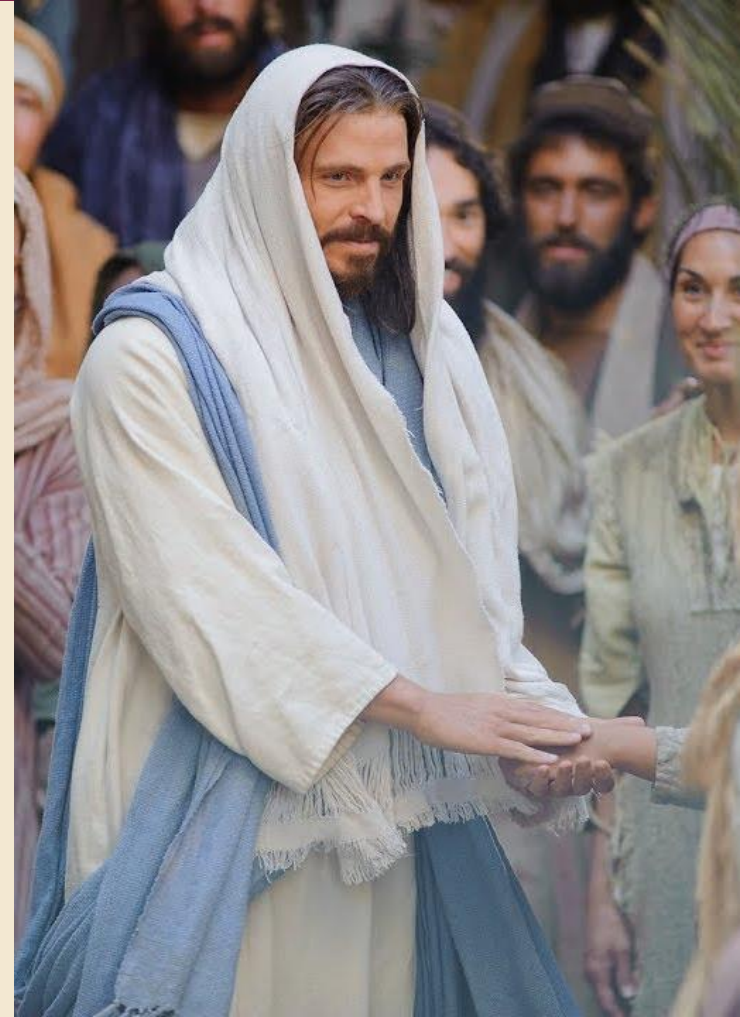
Hoy la Iglesia nos invita a todos los cristianos iniciar una semana de profunda experiencia de camino con Cristo. Él hace su ingreso a Jerusalén, a dar cumplimiento a su misión y la Iglesia actualiza sacramentalmente, en el hoy de su fe, el misterio pascual del Señor, en la celebración litúrgica de este día.

Para Cristo y para el cristiano es una semana de experiencia de Cruz y Pascua. Es un día en donde claramente se vive el fracaso y el triunfo; la muerte y la resurrección; el dolor y la alegría sin división alguna.



SIGNIFICADO DE LAS PALMAS

Los ramos son destinados ante todo a festejar a Cristo Rey y aclamar el triunfo de Cristo. Son los sencillos, como los niños hebreos que reconocen en Jesús la Buena Noticia del amor de Dios compartido para todos. Con este signo los cristianos profesan su fe en que la cruz y la muerte de Cristo son en definitiva una victoria. Victoria que pasa por la cruz, y es pasión, y muerte. Para sus seguidores de hoy, significa fidelidad, conversión, y compromiso. Su camino conlleva lucha, incomprensión, ir contra corriente, pasión, dolor, muerte.... También victoria, alegría, vida, pascua.



3. LOS DIAS INTERMEDIOS

El lunes, martes y miércoles, y el jueves Santo por la mañana, podríamos decir que son días de preparación inmediata al Triduo Pascual. Después del día intenso del Domingo de Ramos, un clima de mayor paz nos debe ayudar a entrar en los momentos decisivos de la vida de Jesús, los días de nuestra salvación

Eso lo hacemos con la misa del lunes, martes y miércoles, en que leemos profecías que nos hablan de un Siervo de Dios que, con su entrega, nos abrirá el camino de la vida. Y en el evangelio, distintas escenas nos van acercando momento definitivo de la Pasión.



También lo hacemos con la celebración de la penitencia, personal o comunitaria que es una magnífica preparación para vivir, renovados, la Pascua de Jesús. En nuestra Arquidiócesis de Santa Cruz de la Sierra tenemos la bonita costumbre de dedicar el miércoles santo para las confesiones. Por supuesto ya lo iniciamos el miércoles de cenizas, pero el miércoles santo es para dar el último empujón a los fieles a que se confiesen por Pascua. También lo hacemos, si es posible, participando en la misa Crismal, que el obispo celebra como preparación al Triduo Pascal y en la que bendice los Santos óleos que servirán para la celebración de los sacramentos a lo largo del año en toda la diócesis.

Y finalmente, lo hacemos preparándonos personalmente, buscando momentos de oración, de lectura de los textos de estos días, de silencio agradecido.



4. JUEVES SANTO

Al atardecer del Jueves Santo nos reunimos para recordar y celebrar la última cena de Jesús con sus discípulos. Su último encuentro con ellos antes de la pasión. Un encuentro que quiere resumir el sentido de todo lo que está a punto de ocurrir: su entrega hasta la muerte, su vida para siempre.

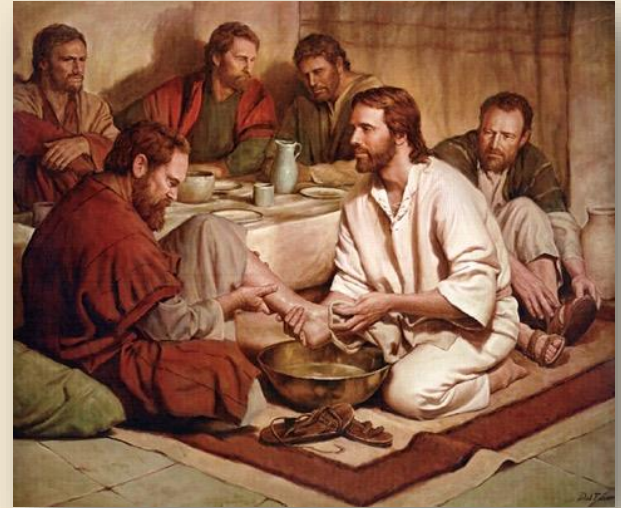
Nos podemos imaginar el ambiente que se viviría allí en el cenáculo, donde Jesús y los suyos se habían reunido para comer la cena pascual, aquella cena en la que los judíos conmemoraban, año tras año, la liberación de la esclavitud de Egipto. Un ambiente tenso, porque todos son muy conscientes de que las autoridades judías quieren eliminar a Jesús. Y un ambiente de gran afecto mutuo, porque ahora más que nunca aquellos discípulos se sienten unidos a su Maestro. Aunque les cueste tanto entender lo que él dice y hace.



En medio de aquel ambiente Jesús, que actúa como cabeza de familia, se levanta y realiza un gesto sorprendente: lava los pies a sus discípulos. Era algo que correspondía hacer a los esclavos. Y, haciéndolo él, les quiere enseñar cuál es el sentido de todo lo que él ha vivido, y como deben vivir también los discípulos: poniendo su vida al servicio de los demás, totalmente.

Y junto con ese gesto, realiza otro, aún más sorprendente. Toma el pan, toma el vino, y se lo da diciéndoles que aquel alimento es su Cuerpo y su Sangre, y anunciándoles que será para siempre su presencia en medio de ellos. Él, muerto por amor, resucitado por la fuerza de Dios, vivirá para siempre en medio de su comunidad. Y el pan y el vino será el sacramento de esa presencia.

Allí, sentados a la mesa, Jesús les hablará una y otra vez del amor. Y Judas se marchará de la cena y venderá al Maestro por treinta monedas. Y cuando llegue la noche, se irán hacia el huerto de Getsemaní, donde Jesús vivirá la angustia ante lo que está a punto de sucederle y se pondrá, con toda con fianza, en manos del Padre.



LA CELEBRACIÓN DE ESTA TARDE

Esta tarde celebramos la eucaristía con una intensidad especial. Todos los sentimientos de Jesús y sus discípulos en aquella última cena están presente en nuestra reunión. Por eso. El canto con el que empezamos debe ser un canto que nos hable de la entrega de Jesús hasta la muerte, y de la salvación que él nos da. Para situarnos de lleno, de todo corazón, en lo que vamos a vivir.

Luego, las lecturas, nos harán revivir los acontecimiento del cenáculos que antes hemos comentado: la primera lectura nos habla de la cena pascual judía; la segunda, de la institución de la eucaristía; el evangelio del lavatorio de los pies a los discípulos.

Terminada las lecturas y la homilía, el que preside la celebración imita con Jesús con el gesto que él hizo entonces: se agacha para lavar los pies de algunos miembros de la comunidad. El gesto resulta raro en medio de una celebración litúrgica, e incluso pintoresco. Pero merece la pena que dejemos que penetre en nuestro interior: la llamada de Jesús a poner la vida al servicio de los demás sigue resonando hoy, y con toda su fuerza. Y ser cristiano es escuchar esa llamada.



Y luego, entramos en la eucaristía. Hoy, en el aniversario del día en que Jesús la instituyó para que acompañase la vida de la iglesia la vida de la iglesia a lo largo de los tiempos, la celebramos con una especial emoción. Porque sabemos que, en estos gestos sencillos, en este alimento que recibimos con fe, se hace presente todo lo que Jesús es para nosotros: él es aquel a quien queremos seguir, él es aquel que ha muerto por nosotros, él es aquel que vive para siempre y nos da la fuerza y la gracia de su Espíritu.

Y termina la celebración. Termina con un rito peculiar: reservamos solemnemente el Cuerpo de Cristo para poder comulgar mañana, puesto que el Viernes Santo no celebramos la Eucaristía porque esperamos a celebrarla la Noche de Pascua. Y esta reserva nos ofrece una buena ocasión para la oración y el agradecimiento. Ante el pan que es Jesús presente en medio de la comunidad, nosotros afirmamos nuestra fe en él, y le agradecemos su entrega, y renovamos nuestra decisión de seguirle.

Esta noche, después de la celebración, merece la pena dedicar un tiempo a rezar, individual o comunitariamente, ante Jesús presente en la Eucaristía.



JUEVES SANTO

Con la Eucaristía de esta tarde inauguramos el TRIDUO PASCUAL, que estará formado por el Viernes, el Sábado y el Domingo.

En este Triduo celebramos el misterio central de todo el año para los cristianos: la muerte y resurrección de Jesús, su Pascua, su “paso” a través de la muerte a la nueva existencia.

Como Jesús, antes de ir a la Cruz, el Viernes, quiso anticipar sacramentalmente su entrega en la Última Cena, con la acción simbólica del Pan y el Vino, así nosotros iniciamos nuestra sintonía con la Pascua de Cristo celebrando su donación eucarística.

Hoy celebramos

- La institución de la Eucaristía,
- El mandato de la caridad fraterna,
- El origen del sacerdocio,
- Pero sobre todo miramos, al celebrar esta Eucaristía, a la Muerte y Resurrección del Señor. El Cuerpo y Sangre de Cristo que hoy recibimos son el mismo Señor que se entregó en la Cruz y que resucitó del sepulcro a una Vida Nueva.



PREPARATIVOS

Altar y credencia:

- a) El sagrario vacío y abierto,
- b) Todo lo habitual para la misa;
- c) Pan suficiente para la comunión de este día y del siguiente (no olvidar que el día viernes no hay misa pero se comulga)
- d) Velo humeral blanco (pañó de hombros)
- e) Algunos cirios para la procesión;
- f) Si hay ministrantes: cruz procesional, incienso e incensario;
- g) Si se hace el lavatorio de los pies: agua, jarro, toallas, jabón
- h) Prever las sillas donde se sentarán los que harán de apóstoles.

Capilla de la reserva:

El sagrario abierto (como no se celebra la Eucaristía, no es necesario que haya altar), discretamente adornado, con luces, pero mejor sin flores, para expresar mejor el carácter austero de la primera parte del Triduo Pascual...



LAS SIETE VISITAS DE LOS TEMPLOS

Visita al lugar de la reserva del Santísimo Sacramento

En este Jueves Santo, nos reunimos hoy en la presencia del Santísimo Sacramento para dar inicio a un tiempo especial de adoración. En este año dedicado a la oración, deseamos profundizar en la esencia misma de nuestra fe, buscando una conexión más profunda con Dios.

Motivación: En un mundo lleno de distracciones y ruido, la oración se convierte en un faro que ilumina nuestro camino espiritual. A través de la adoración al Santísimo en las siete visitas que realizaremos, nos sumergimos en la tranquilidad y el silencio que nos permiten escuchar la voz de Dios.

I Silenciosa Contemplación: En este primer momento de adoración, nos sumergimos en un silencio, que nuestro corazón hable con tranquilidad, mientras contemplamos la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento (*se expresa una conversación con Dios, cuéntale tus alegrías, tristezas...*) Ahora, agradecemos a Dios con la oración que nos ha enseñado: Padrenuestro...



II Lectura y Reflexión: Contemplemos el Santísimo Sacramento con las palabras de Cristo, que nos dice: “*Yo soy el camino, la verdad y la vida*” (Jn 14,1-12) (*Silencio para meditar*). En este año dedicado a la oración, elaboremos compromisos para buscar orientación y consuelo en las Sagradas Escrituras, descubriendo cómo la Palabra de Dios me ilumina y guía mi vida. (*En silencio realiza tu compromiso*). **Oración...**

III Oración de Agradecimiento: Agradecemos a Dios por Su amor constante, por el don inestimable de la oración y por permitirnos experimentar Su presencia en el Santísimo Sacramento. Oremos con gratitud por todas las bendiciones recibidas (*se menciona momentos, acciones de nuestra vida*). **Oración...**

IV Adoración con cánticos: Adoraremos a Dios a través de la música y la alabanza. Unámonos en espíritu reconociendo Su grandeza. Que nuestras voces se conviertan en un suave incienso que llegue a Su presencia en este tiempo de adoración (*se canta una canción de alabanza, tu favorita*). **Oración...**



V Súplicas y Peticiones: Abramos nuestros corazones para presentar nuestras súplicas y peticiones al Señor (*se menciona algunas intenciones*). Que nuestras necesidades y las de aquellos que amamos sean llevadas ante Su presencia. Después de este tiempo de oración, nos sumergiremos en un momento de silencio para escuchar la respuesta de Dios a nuestras peticiones. **Oración...**

VI Silencio y Escucha: Abracemos el sagrado silencio como una oportunidad para escuchar la voz suave de Dios. En este año dedicado a la oración, nos quedamos en silencio, entregando nuestros pensamientos y preocupaciones al Creador de todo. En este silencio, confiemos en que Dios habla directo a nuestros corazones. **Oración...**

VII Bendición y Compromiso: En este momento, recibamos la bendición del Señor y renovemos nuestro compromiso diciendo: Creo en Dios ... (*se reza el credo*). Oremos sin cesar durante este año dedicado a la oración. Que el amor divino impregne cada aspecto de nuestras vidas, fortaleciendo nuestra comunión con Dios y guiándonos en la senda de la santidad, rumbo a la Gran Pascua de Resurrección.

Que la gracia de estos momentos nos inspire a profundizar en nuestra vida, llevando la luz divina a cada rincón de nuestra vida. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. **Amén.**

